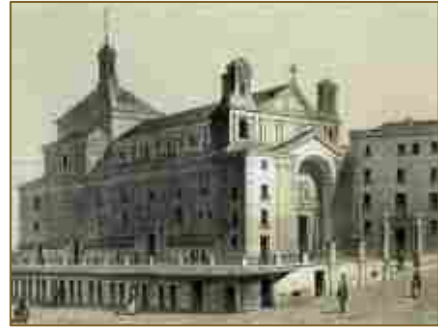


El mentidero de la Villa de Madrid



Mentidero de las Gradas de San Felipe el Real

Nº 730 Viernes 17 de Marzo de 2023

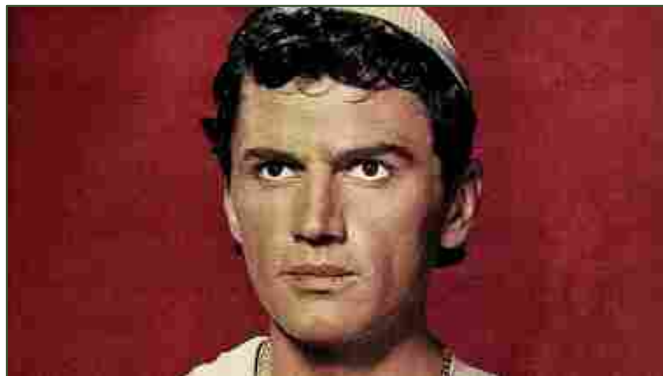
Se comenta en los mentideros madrileños...

- ✚ **Estoy cansado de los faraones**, *Emilio Álvarez Frías*
- ✚ **Los retos de Feijóo**, *Juan Van-Halen*
- ✚ **El 8-M y la «podemización» de Sánchez**, *Esperanza Aguirre*
- ✚ **8-M: otro feminismo**, *Guadalupe Sánchez*
- ✚ **Terrible «accidente»**, *Alfonso Ussía*
- ✚ **Todos corruptos**, *Juan Manuel de Prada*
- ✚ **EuroAntonio**, *Miguel Ángel Loma Pérez*
- ✚ **La última parida de Sánchez, la paridad**, *Jesús Cacho*
- ✚ **Un país gobernado por chusma como «Pam»**, *Eduardo Inda*

Estoy cansado de los faraones

Emilio Álvarez Frías

De vez en cuando uno echa mano de los libros que le contemplan desde la biblioteca y que duermen allí desde sabe Dios cuantos años. Hace unos días topé con un clásico de los años 60 del pasado siglo, debido a la pluma de un escritor finlandés que regó con sus publicaciones no pocas librerías del mundo entero. El escritor es Mika Waltari (1908-1979) y el libro *Sinué el egipcio*, editado en 1945 y publicado en España en 1960. Fue un autor prolífico, publicó 29 novelas, 6 colecciones de poesía, produjo 26 obras de teatro, numerosos guiones de radio y cine, infinidad de artículos, etc. Al sacar el libro de entre sus compañeros de biblioteca, recordaba que tenía un principio que en su tiempo me llamó la atención, por lo que fui inmediatamente a recordarlo. Y no me arrepiento de haberlo vuelto a leer. Dice así:



Yo, Sinuhé, [...] he escrito este libro. No para cantar las alabanzas de los dioses del país de Kemi, porque estoy cansado de los dioses. No para alabar a los faraones, porque estoy cansado de sus actos. Escribo para mí solo. [...]. Porque durante mi vida he sufrido tantas pruebas y pérdidas que el vano temor no puede atormentarme y cansado estoy de la esperanza en la inmortalidad, como lo estoy de los dioses y de los reyes. [...]

Porque todo lo que se ha escrito hasta ahora lo fue para los dioses o para los hombres. Y sitúo entonces a los faraones también entre los hombres porque son nuestros semejantes en el odio y en el temor, en la pasión y en las decepciones. No se distinguen en nada de nosotros aun cuando se sitúen mil veces entre los dioses. Son hombres semejantes a los demás. Tienen el poder de satisfacer su odio y de escapar a su temor, pero este poder no los salva de la pasión ni las decepciones, y cuanto se ha escrito lo ha sido por orden de los reyes, para halagar a los dioses o para inducir fraudulentamente a los hombres a creer en lo que no ha ocurrido. O bien para pensar que todo ha ocurrido de una manera diferente de la verdad. [...]

Todo vuelve a empezar y nada hay nuevo bajo el sol; el hombre no cambia aun cuando cambien sus hábitos y las palabras de su lengua. Los hombres revolotean alrededor de la mentira como las moscas alrededor de un panal de miel, y las palabras del narrador embalsaman como el incienso, pese a que esté en cuclillas sobre el estiércol en la esquina de la calle; pero los hombres rehúyen la verdad.

Yo, Sinuhé, hijo de Senmut, en mis días de vejez y de decepción estoy hastiado de la mentira. Por esto escribo para mí solo lo que he visto con mis propios ojos o comprobado como



verdad. En esto me diferencio de cuantos han vivido antes que yo o vivirán después de mí.

Sin duda un poco larga la cita, pero si la trasladamos a nuestros días, y la ajustamos a nuestro diario vivir, seguro que encontraremos un símil. Y veremos a los faraones y repararemos en los hombres actuales. Y comprenderemos la razón de que escriba nuestra pluma «con la esperanza de que nues-

tras palabras sean leídas», que dice Sinuhé, «porque nada hay que elogiar de mis palabras, porque mi ciencia es amarga para el corazón».

Nada ha variado desde el tiempo antiguo, pues hemos visto las mismas cosas que conocieron nuestros antepasados pretéritos. Con diferentes trajes, con distintos modos, con variadas coberturas, desde distintas atalayas dado la evolución de las ciencias. Pero prácticamente igual que lo viera Sinuhé en su Egipto de los faraones.

¿Acaso leerá a este modesto escritor el faraón de La Moncloa, al que podemos considerar como el Hijo de Ra que domina sobre todo el territorio nacional?

¡Quiá! Aunque nosotros podemos ahondar en la pregunta que se hace Sinuhé: «¿puede acaso esperarse otra cosa de un hombre [...] que ha hecho borrar los nombres de los reyes en la lista de sus antecesores para sustituirlos por los de sus parientes?». Ni su visir ni sus sacerdotes y sacerdotisas, ni siquiera los altos funcionarios que merodean por los entresijos pueden cambiar sus decisiones, aunque lo parezca.

Acaso sí lo hagan algunos hombres de los que andan como perdidos en espera de que se encarrilen los destinos del país, y sientan amargura en el corazón. Entonces será posible, sin ambages, hacer la disección del personaje.

Los retos de Feijóo

Creo sin sombra de duda que Feijóo superará los retos. Y no será fácil. Los de siempre llevarán su fracaso a las calles

Juan Van-Halen (*El Debate*)

Escritor. Académico correspondiente de la Historia y de Bellas Artes de San Fernando

Yo contesto a los comentarios que suscitan mis artículos en *El Debate*, que no es un digital más; custodia la herencia de aquel ejemplar periódico de don Ángel Herrera, una responsabilidad añadida para quienes escribimos en él. Leo que acabamos de publicar la noticia número cien mil; una gran noticia. Agradezco los comentarios a mis artículos y los valoro. Ahora por primera vez me refiero, por su interés político, a uno de los



temas recurrentes en esos comentarios. No pocos de ellos son críticos con el jefe de la oposición. Y no desde constataciones de hechos sino desde suposiciones de futuro, lo que en cierto modo me parece frívolo.

Tengo un viejo e inteligente amigo que me saetea amablemente con previsiones de lo que dictaminarán las

urnas y siempre le digo que ya hablaremos en las noches electorales de mayo y de diciembre. Pronosticar el futuro es menester de pitonisas y eso lo dejo para los oráculos, y ya sabemos que todos salían satisfechos de las previsiones del templo de Delfos porque a menudo encerraban la ambigüedad de predecir una realidad y su contraria.

Los comentarios sobre Feijóo suponen, en general, dudas sobre el cumplimiento de sus anuncios. ¿Será capaz de afrontar, si llega a presidir el Gobierno, el desmontaje de los múltiples tenderetes socialmente lesivos? Esa es la duda más común. Feijóo ha asegurado y reiterado, incluso citándolas, las leyes que derogará o reformará y mis comentaristas no quedan satisfechos. ¿Se puede pedir más que un anuncio cuando aún no se está en la posición de

cambiar la realidad? Creo que no. Y la duda es grave porque implica que mis comunicantes, que forman parte de los españoles que han de votar, entienden que no hay políticos que no mientan, y el síndrome Sánchez, el mayor mentiroso del Reino, ha calado como si la mentira en política fuese lo común y natural.

A la mayoría social del país, que pese a lo que crea el Gobierno ni es tonta ni comulga con ruedas de molino, le resultan infumables ciertas leyes amasadas por ignorantes, visionarios con dioptrías de más y radicales de todo. Derogar ciertas leyes o reformarlas supondrá una vuelta a la realidad además de a la lógica. Vistas en conjunto leyes como la de violencia de género, la llamada ley trans, y la anunciada ley de paridad son un despropósito. Unas contradicen a otras. Ya en Barcelona se ha dado el caso de una mujer víctima de violencia de género que no está protegida porque su maltratador había acudido al Registro Civil y ya era una mujer. El juez entendió que era un asunto doméstico y no señaló alejamiento ni protección. Que una empresa no cumple en sus órganos de decisión la paridad que parece se exigirá, pues fácil: la mitad de sus miembros se convierten en mujeres o en hombres y asunto resuelto. Disparates que la ley ampara.

Por no hablar de la ley de garantía integral de la libertad sexual, la llamada del «sólo sí es sí», que reduce penas y saca a los violadores a la calle, o de los



excesos y memeces de la norma de protección y bienestar animal. Una ley no puede amparar los disparates de unos ministros con escasa actividad neuronal y pocas lecturas que, como muchos de ellos no han trabajado nunca, no valoran su responsabilidad directiva y deciden con visión

de parvulario. Pero el presidente no les cesa ni los responsables de los desajustados dimiten –¿a dónde iban a ir con similares bicocas?-. Para Sánchez lo principal, hoy por hoy, es permanecer. Está buscando que le llamen de la UE, pero ya veremos.

Los retos de Feijóo no son pocos ni fáciles. También de creación y construcción, pero debería dedicar sus cien primeros días a desmontar el tinglado de la nueva farsa con inmediatas derogaciones o cambios en leyes dañinas. Y no sólo habrá de decidir esos cambios legislativos sino desmontar tanto chirinquito inútil, tanta trampa enmascarada de generosas dádivas con la intención nada oculta de comprar votos. Los ciudadanos quieren trabajar, no ser reos del Gobierno, mientras el paro sube más allá del maquillaje de los fijos discontinuos inactivos. Los ciudadanos quieren no estar endeudados hasta sus bisnietos, mientras la deuda se ha disparado y sigue rampante. Todo lo que el gran mentiroso ha creado y sigue negando. El presidente y el Gobierno más caros de la democracia.

Sería un error, en el que no va a caer, que Feijóo se dedicase sólo a la economía, como se dice hizo Rajoy. También debe afrontar un panorama nuevo, pero sin caer en el despropósito del maquillaje superficial. Fui ponente en el Senado, con el recordado Alejandro Muñoz Alonso, de la Ley de Memoria Histórica de Zapatero y quien podía nos anunció que sería la primera ley en derogarse. No fue así. Sólo se retiraron las subvenciones a las asociaciones creadas al efecto, pero su aplicación fue muy negativa. La actual Ley de Memoria Democrática es un monumento a la manipulación histórica que debe ser revisada en profundidad para que sea una norma de concordia y no de enfrentamiento y odio. Dejar la Historia para los historiadores es irrenunciable.

Creo sin sombra de duda que Feijóo superará los retos. Y no será fácil. Los de siempre llevarán su fracaso a las calles. Ya lo anunció Yoli, la jefa de los sindicatos y por ello de los liberados dispuestos a movilizarse.

El 8-M y la «podemización» de Sánchez

«El presidente y sus aliados pretenden ser los únicos libertadores de las minorías oprimidas: mujeres, homosexuales, «trans», gordas, nacionalistas y animales»

Esperanza Aguirre (*elSubjetivo*)

Las manifestaciones, actos, declaraciones y gestos de los políticos (¡y las políticas, claro!) del conglomerado Frankenstein que hemos visto y oído el 8-M y la víspera, durante el debate en el Congreso acerca de la toma en consideración de la propuesta del PSOE para reformar la ley del sólo sí es sí, merecen ser analizados y estudiados con mucha atención.

En esos días se han puesto de manifiesto de una manera especialmente clara algunas de las características del fondo y la forma de la coalición que gobierna, ¡es un decir!, España.



Todo esto empieza la noche del domingo 10 de noviembre de 2019, cuando se conocen los resultados de las elecciones generales de ese día. Pedro Sánchez comprueba que su maniobra de repetir las elecciones para mejorar los escasos 123

diputados que había obtenido en abril de ese año se había saldado con un rotundo fracaso: había bajado a 120 escaños y, lo que es más significativo, había perdido el 10% de los votos (de 7,4 a 6,7 millones).

En ese momento, y contra todo lo que había declarado durante la campaña (aquello de que le quitaría el sueño y bla bla bla), decide que va a formar gobierno con los comunistas bolivarianos de Podemos (lo de comunistas y bolivarianos está explícitamente reconocido por ellos desde su nacimiento).

Ahí surge el gran dilema que, probablemente, todavía no hemos sabido desentrañar del todo: ¿se une a Podemos sólo para alcanzar el colchón de la Moncloa y el billete gratuito para el Falcon?, ¿o lo hace porque los objetivos y las estrategias políticas de Podemos le seducen más que las de la socialdemocracia, que se supone que el PSOE tenía que representar?

O, y es lo más probable, por una mezcla de las dos.

Que le gusta La Moncloa, el Falcon y pasear su palmito por todo tipo de foros extranjeros (en España hace tiempo que no puede pisar la calle sin ser abuchado) está fuera de toda duda. Que para conseguirlo tenía que conceder algo de poder y prebendas a los podemitas, también.

Pero, después de más de tres años de ejercicio conjunto del poder con ellos, cada vez quedan menos dudas de que la ideología de Sánchez y su gobierno, la brújula que rige sus políticas y la hoja de ruta que sigue es la del comunismo podemita, ese comunismo, que, desde Laclau y Chávez, esconde su nombre,



pero que, desgraciadamente, está más vivo que nunca.

Ejemplos evidentes de cómo Sánchez sigue la brújula podemita los hay a montones. Citemos sólo algunos: su forma de tratar a la cabeza de nuestra monarquía parlamentaria, su ataque decidido y continuado a la división

de poderes, su desprecio amenazante hacia los empresarios o su ocupación sectaria de todas las instituciones del Estado son ya suficientes pruebas de la podemización del partido sanchista.

Pero hay mucho más. Hay quien piensa que la socialdemocracia clásica está acabada en los países desarrollados de Occidente. Por una sencilla razón, porque el objetivo de mejorar las condiciones de vida de los ciudadanos hace ya décadas que esos mismos ciudadanos descubrieron que es en el capitalismo y en la gestión de los partidos liberal-conservadores donde mejor pueden alcanzarlo. En España esto está archidemostrado: la economía y el empleo siempre han colapsado con los gobiernos socialistas y se han reanimado y progresado con los del PP.

De ahí que, huérfano de ideas socialdemócratas, Sánchez haya abrazado con entusiasmo la ideología podemita, esa ideología que llaman el «socialismo del siglo XXI». Así, él y sus aliados pretenden ser los auténticos y únicos libertadores de las minorías oprimidas: mujeres, homosexuales, trans, indígenas, gordas, nacionalistas, animales y, por supuesto, el planeta Tierra.

Y de ahí que en su Gobierno la política relativa a la mujer haya sido uno de sus ejes centrales, si no el más central. Alguien pudo pensar que entregar el

liderazgo de esa política a Podemos era una forma barata de pagar su apoyo para lo del Falcon. Pero estaba equivocado, Irene Montero se ha convertido, de facto, en la ideóloga más influyente del Gobierno, la que les ha marcado el paso a todos en cuestiones clave. Por muy disparatadas y siniestras que sean muchas de sus propuestas, pero que están en la línea de su objetivo último, que es acabar no ya con el capitalismo, que también, sino con todo lo que hemos conocido como civilización occidental.

Lo hemos visto con la ley del solo sí es sí. Sánchez estaba entusiasmado con una ley, que, decía, iba a ser imitada por el resto de países civilizados. Una ley que pasó por la Comisión de Subsecretarios, presidida por Bolaños, que presume de ser un acreditado jurista y que no fue capaz de detectar los demenciales defectos formales que encerraba y que están sirviendo para sacar a la calle a centenares de violadores y pederastas. Pero es que, aparte de esos defectos formales, el fondo de la ley, como sí saben los podemitas que la han redactado, es todavía peor, porque se trata de un ataque frontal a una serie de principios fundamentales del Derecho: la presunción de inocencia, la igualdad inviolable de todos ante la ley y el deber de las acusaciones de demostrarlas.

Porque, con la excusa de defender a las mujeres, estos comunistas del siglo XXI quieren llevarse por delante, con el entusiasta liderazgo de Sánchez, valores e instituciones fundamentales de la civilización occidental.

Ante el fracaso práctico de esta ley, que presentaban como uno de los logros



esenciales de este Gobierno, en cualquier democracia tendrían que haberse producido dimisiones. O la de todo el Gobierno, con la convocatoria de elecciones generales. O, al menos, la de los ministros responsables del desajustado, Montero y Bolaños, como mínimo. Sin embargo, aquí no dimite nadie ¿Por

qué? Desde luego porque algunos no tienen dónde irse. Pero también porque, por ejemplo, mientras tengan el poder, el fiscal general del Estado no actuará contra la secretaria de Estado de Igualdad, Rodríguez «Pam», que ha colgado en Twitter un vídeo en el que se la ve orgullosa de liderar a un grupo de chicas que cantan entusiasmadas: «¡Qué pena me da que la madre de Abascal no pudiera abortar!».

Por el contrario, tendremos que seguir soportando que, con nuestro dinero, ese Ministerio de Igualdad, líder ideológico de este Gobierno, en el que algunos quieren parecer eficaces tecnócratas, edite vídeos repugnantes para explicar a los ciudadanos cómo tienen que ser sus relaciones sexuales, en uno de los ejercicios de totalitarismo más rechazables que he visto en mi vida.

A Sánchez le gusta el Falcon, desde luego. Pero le gusta aún más el ideal po-
demita y para alcanzarlo no acepta ningún freno, ni moral ni estético. Y ya
conocemos sus armas principales: la mentira y el odio, y ahí está la mención
a Feijóo cuando la portavoz del PP le preguntaba por el caso del «Tito Berni».

8-M: otro feminismo

«El feminismo que ha institucionalizado este Gobierno intenta convencer a las
mujeres de que sus demandas no tienen cabida en el Estado liberal y demo-
crático»

Guadalupe Sánchez (*El Subjetivo*)

Licenciada en Derecho, abogada en ejercicio

Cristina Ayala y Almudena Negro, amigas y candidatas a la alcaldía de
Burgos y de Torrelodones respectivamente, me invitaron a participar
en unas charlas sobre feminismo que organizaron en esas ciudades
aprovechando la proximidad del 8 de marzo. Confieso que les he tomado
prestado el título que escogieron para el acto porque me parece de lo más
acertado, ya que llevo años reprochando al centro derecha su renuncia a dar
la batalla por el lenguaje como parte indisoluble de las ideas. Esta dejación
ha permitido a la izquierda identitaria reivindicar como propias a figuras de
las que antaño abominaron, como Clara Campoamor, diputada liberal que lu-
chó por el sufragio femenino ante la oposición férrea de las socialistas Victoria
Kent y Margarita Nelken.

Los españoles en general, y las mujeres en particular, no podemos permitir
que reescriban la memoria histórica del feminismo ni tampoco que lo trans-
formen en algo distinto a lo que real-
mente es. Y no utilizo el verbo trans-
formar por casualidad.

Miren, el feminismo que reivindica la
igualdad ante la ley se cimenta sobre
un hecho biológico constatable: el
sexo. Sobre esta diferencia se han
fundamentado a lo largo de la histo-
ria normas y actitudes discriminato-
rias que nos convertían en sujetos privados de derechos, cuando éstos no es-
taban condicionados a la autorización de una figura masculina, ya fuera el pa-
dre o el esposo. Las demandas de aquellas mujeres –y no pocos hombres–
para revertir esas situaciones se encuentran en la base de las democracias
liberales, que consagran como derecho fundamental y valor del ordena-
miento jurídico la anhelada igualdad de oportunidades, a la que los poderes
públicos deben dotar de efectividad desarrollando las políticas oportunas en
aquellos ámbitos en los que resulten necesarias.



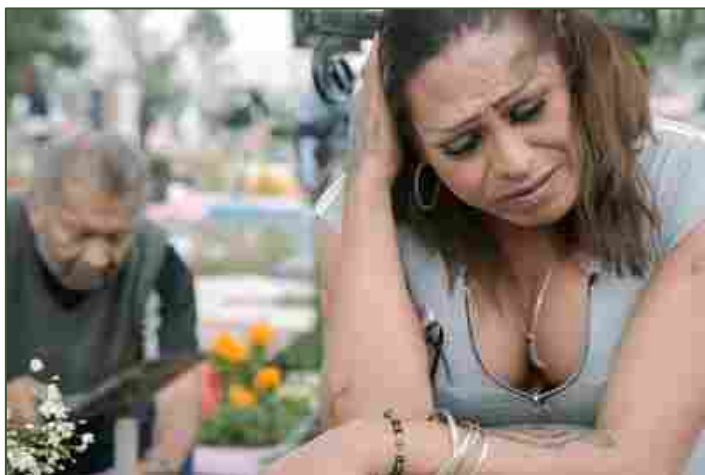
El feminismo que ha institucionalizado este Gobierno ha intentado convencer
a las mujeres de que sus demandas y necesidades no tienen cabida en el Es-
tado liberal y democrático de Derecho basado en la economía de mercado.

Nuestros enemigos son, pues, los derechos y libertades fundamentales que dan forma al sistema, ya que nuestra seguridad o bienestar pasa por invertir la carga de la prueba en el proceso penal cuando nosotras somos las víctimas o por dotar a nuestra palabra de un plus de credibilidad por razón de nuestros genitales. Se trata de un feminismo de corte totalitario, que ya no aspira a la dictadura del proletariado sino a la del matriarcado, porque allí donde no triunfó la lucha de clases lo hará la de sexos.

Quieren dinamitar la presunción de inocencia y la igualdad ante la ley en nuestro nombre. Y si no me creen, les invito a revisar su producción legislativa. Con la ley del sólo sí es sí intentaron invertir la carga de la prueba en el proceso penal enarbolando el consentimiento explícito como pretexto y aderezando la reforma de los delitos sexuales con una batería de eslóganes tramposos, cuando no mentirosos.

Con la ley trans, han conferido entidad institucional al sexo sentido, de forma que la respuesta de la administración ante determinadas circunstancias ya no podrá sustentarse en la biología como hecho comprobable, sino en la identidad sentida o autopercepción. Y cuando las decisiones de los poderes públicos no se fundamentan en circunstancias constatables, se abre la puerta a la arbitrariedad y se deja herida de muerte a la igualdad.

Las consecuencias de legislar sobre cuestiones tan sensibles con el único propósito de instrumentalizarlas para desgastar el sistema son nefastas e irreversibles. La parte punitiva de la ley del sólo sí es sí ha demostrado tener como



única utilidad la de rebajar las condenas de violadores y pederastas, las cua les acabaremos contando por miles. La ley trans comprometerá la salud mental y física de niños y adolescentes, que emprenderán un viaje sin retorno porque su voluntad fue lo único tomado en consideración para proceder a una modificación genital. Por no hablar de los numerosos frau-

des que se producirán en materia de alteración registral del sexo: hombres accediendo a podios en el deporte femenino, ocupando puestos reservados por cuotas para mujeres o recibiendo prestaciones inicialmente ideadas para ellas. Efectivamente, el feminismo de nuestra izquierda gubernamental es tan antidemocrático como inconsistente.

Por si todo lo anterior no fuera suficiente, pretenden tutelarnos diciéndonos a las mujeres cómo tenemos que vestir o maquillarnos para no ser cosificadas, cuestionando hábitos como el de la depilación o incluso imponiéndonos la forma de obtener placer sexual, porque se entiende que lo que hace disfrutar

a Ángela Rodríguez o a Irene Montero debe de hacernos gozar a todas. Conciben a las féminas como pobres víctimas necesitadas de un gurú, de alguien que nos guíe en el tránsito de una tutela patriarcal a una estatal.

Por eso rechazan a las mujeres que triunfaron y triunfan sin comprarles su mercancía averiada: no soportan figuras como las de Thatcher, Barberá, Aguirre o Ayuso, entre otras muchas. En su club exclusivo prima la ideología por encima de cualquier otra consideración. Yo les ahorro el trabajo de expul-sarme, porque jamás me he visto reflejada en sus pancartas insustanciales y eslóganes huecos. Estoy segura de que hay miles, millones de mujeres que, como yo, rechazan que ellos se arroguen nuestra representación cuando salen a manifestarse o nos toman en vano. Nuestro feminismo rechaza la victimización o la criminalización colectiva, reivindica los valores democráticos y, sobre todo, abraza la libertad.

Terrible «accidente»

Nada de «accidente», Mónica, madre, médica y mema. Atentado, masacre, matanza, carnicería. Terrorismo.

Alfonso USSÍA (*El Debate*)

Ara García, el conjunto de atentados del 11-M se reduce a un «terrible accidente». A ver si nos enteramos. Un terrible accidente es usted. Lo que usted califica de terrible accidente, fueron cuatro atentados, cuatro matanzas perfectamente sincronizadas. Bombas en cuatro trenes en las estaciones de Atocha, Téllez, el Pozo y Santa Eugenia. Más de 190 asesinados y en torno a los 4.000 heridos. A tres días de las elecciones. Ahí cambió España. En un principio se atribuyó el atentado a la ETA. Resultó más que sospechosa la declaración de Otegui negando la participación de su banda terrorista. – Más bien parece cosa de árabes–. Otegui sabía que no había sido la ETA, porque para ello era necesaria e imprescindible su orden. El Gobierno de Aznar, confundido. La SER y el PSOE embarrando la realidad, inventándose mochilas y acumulando votos. Esas elecciones tendrían que haberse suspendido porque toda España se hallaba en estado de estupefacción. Al Qaeda admite su colaboración con los atentados, no su autoría. «Era la única manera de terminar con el Gobierno del PP». Y ganó Zapatero. Y ahí comenzó la descomposición de España.



Pero nada de «accidente», Mónica, madre, médica y mema. Atentados, masacres, matanzas, carnicerías. Terrorismo. Algunos detenidos, de segunda fila. Aquel atentado se planeó y proyectó en altísimos despachos. La planificación

resultó perfecta. Y el objetivo se cumplió gracias a las mentiras y manipulaciones de los adscritos al ideal socialista. Cadenas de televisión, de radio y prensa escrita. Objetivo cumplido. Zapatero al poder. 190 inocentes enterrados. Decisiones judiciales sospechosas –como poco–, y una explosión en un piso con «supuestos terroristas en su interior». Muerto el perro se acabó la rabia. Pero los españoles votaron atemorizados, engañados y sucumbidos de ánimos. El PP, torpe hasta el infinito. El PSOE, sin tope y a por todas.

Un «accidente», según la mujer de las cuatro «emes». De calificar de esa manera el mayor atentado terrorista de la Historia de España, podría haberse referido a cuatro «accidentes». Pero no. Ellos saben lo que pasó y el PP no se enteró de nada. Y sigue sin enterarse. Aznar dio una pista estremecedora. «Este atentado se proyectó en montañas próximas y desiertos cercanos». Pero no pasó de ahí, y nos quedamos a la espera de conocer los nombres de esas montañas y esos desiertos.



Un terrible «accidente». Además de miserable, tonta. Ni al tonto más tonto se le ocurriría definir aquellos sangrientos atentados de «accidentes». El accidente sucede inesperadamente, no se planea ni proyecta. No se valoran los lugares sobre mapas extendidos sobre mesas de lujosos despachos. No se estudia la protección posterior a la masacre de los terroristas. El golpe de Estado triunfó de manera contundente. Las informaciones menguaron, y al cabo de pocos meses los atentados se olvidaron. Un juicio de segundones y pringados, y unas condenas desconcertantes. El plan se había culminado a la perfección.

Espeluznantes atentados. Nada de accidentes. El accidente, lo repito, es usted.

Todos corruptos

Juan Manuel de Prada (ABC)

En un artículo anterior, glosando jocosamente las andanzas del Tito Berni y sus compinches, incluíamos una cita de Churchill que presenta la corrupción como el «lubricante benéfico» de la democracia. Desde luego, la democracia entendida como forma de gobierno no tiene por qué ser más o menos corrupta que otras formas; aunque, desde luego, en versiones tan degeneradas como la nuestra, se convierte en un sórdido patio de Monipodio. Pero la democracia entendida como fundamento de gobierno o religión antropoteísta (que endiosa la voluntad de la mayoría como instancia que

determina lo que es bueno y lo que es malo) deviene inevitablemente un pandemónium corrupto.

Samuel Huntington desvela el meollo de este asunto azufroso, cuando explica que la supervivencia de ciertas «creencias premodernas» enraizadas en la fe religiosa impide la «eficiencia económica»; y que no hay otro modo de consolidar la democracia que reemplazar tales creencias o adaptarlas «de forma no



violenta». Este reemplazo o adaptación no violenta exige que el hombre renuncie a sus bienes espirituales (resumibles en la salvación de su alma); y, a cambio, se le concede la posibilidad de liberarse de todos los «lastres» o «cárceles» que impiden su endiosamiento, mediante el manguerazo de derechos de bragueta. Y, mientras los demócratas disfrutaban endiosadísimos de sus derechos de bragueta, el Dinero soborna a los políticos encar-

gados de apacentarlos, para acrecentar su «eficiencia». Pero los demócratas, para entonces, nada se atreven a hacer, salvo rabiarse un poco; pues ya son rehenes de los derechos de bragueta, a cambio de los cuales vendieron su alma.

Esta situación ya la vislumbró magistralmente Georges Bernanos: «Pretender que la democracia ha liberado a los pueblos porque no ha permitido subsistir más que un único privilegio –el más humillante de todos, que es el privilegio del Dinero– es una enorme impostura. (...) La democracia no ha liberado al pobre, sino que lo ha corrompido; no lo ha enriquecido sino corrompiéndolo, pues lo ha enriquecido con las migajas de su propia corrupción». Y, después de haberse dejado corromper, no le resta otro remedio sino aguantarse, cuando los políticos se montan juergas con lumis y farlopa. Y lo mismo le ocurre cuando el Dinero toma las de Villadiego y pone su pica en Flandes, después de sufragar esas juergas.

Contra esto, sólo existe una solución, que dejó bien explicada Castellani: «Nadie, por honrado que sea, puede con métodos estrictamente parlamentarios o con leyes –por más perfectas que sean– enderezar un país de hombres depravados. (...) Algún día saldrá alguien en esta tierra, capaz de decir: “Aquí no manda la plata, sino la Patria”. Pero primero habrá que hacerle decir a la Patria (y eso es lo difícil): “Aquí manda Dios”». Hasta que llegue ese día, sólo resta joderse. Pues el destino de los pueblos que han renunciado a sus bienes espirituales no es otro sino dejarse arrebatarse sus bienes materiales.

EuroAntonio

Miguel Ángel Loma Pérez (*El Debate*)

En el segundo semestre de 2023 le corresponderá a España la presidencia rotatoria del Consejo de la Unión Europea; un período que, conociendo el enfermizo protagonismo que caracteriza a nuestro narcisista presidente de Gobierno, promete proporcionarnos momentos inefables para la historia de la humanidad. Con la que le está cayendo por aquí y con unas



elecciones generales a las puertas, en un ambiente donde apenas podrá moverse por España sin suscitar encendidas adhesiones populares de contun dente rima consonante, lo previsible es que durante ese semestre vaya a estar más tiempo fuera que dentro, luciendo palmito y abrazando a todo lo que se

menee. Que no habrá acto internacional que se le escape ni evento susceptible de explotarlo electoral o personalmente, que no honre con su petulante presencia. Sus habituales desplazamientos en Falcon por España se van a quedar en viajecitos de tiovivo comparados con los que se pegará el doctor junto a la catedrática Begoña impartiendo lecciones de ética sanchista sobre la importancia de la verdad y el valor de la palabra dada. La pena es que durante ese tiempo no podremos disfrutar de sus gestuales y vanas peroratas ni de sus espontáneas representaciones con «anónimos» militantes socialistas. Pero no pesemos sólo en nosotros; seamos generosos y no descartemos que, tras cogerle gusto a la cosa, se nos quede deshaciendo sepulturas por medio mundo para pasar a la historia siendo recordado por su heroica lucha contra los muertos.

La última parida de Sánchez, la paridad

Jesús Cacho (*Vozpópuli*)

Ao conozco una mujer en puestos de responsabilidad que no se manifieste indignada con la utilización como arma política que de ellas está haciendo este Gobierno. Y las hay a miles, en todas las áreas de actividad, desde la empresa, donde desde hace tiempo ocupan puestos de alta dirección, hasta las profesiones liberales, pasando por la judicatura, la medicina –oficios donde la mujer es mayoría–, las artes, etc., etc. Cualquiera mujer brillante se considera justamente humillada cuando se siente tratada por este Gobierno como un ser inferior al que hay que ayudar con dádivas legislativas porque no es capaz de alcanzar por sí misma las posiciones tradicionalmente ocupadas por hombres. La última bofetada que a las mujeres libres e independientes de este país ha propinado el señor Sánchez ha sido la

conocida como Ley de Paridad, que establece listas «cremallera» en la composición del Consejo de Ministros, consejos de administración de las grandes empresas, juntas de gobierno de los colegios profesionales y jurados encargados de conceder premios. Una ley que, como casi todas las aprobadas por este Ejecutivo, viene impregnada de un tufo ideológico que apesta. En efecto, La Ley de Paridad es el último conejo salido de la chistera de un demagogo necesitado de un golpe de efecto para levantar los ánimos del feminismo radical ante el 8-M, día de la mujer trabajadora.

Estamos ante una nueva agresión a la libertad de empresa, otra inaceptable injerencia en la libertad del empresario para decidir los nombramientos en los puestos de dirección en función de criterios de experiencia, capacidad y mérito. Conviene aclarar que Sánchez y sus socios de Podemos no han descubierto ningún Mediterráneo. La incorporación de la mujer al mercado laboral ha sido uno de los fenómenos más extraordinarios que ha conocido España en las últimas décadas. En efecto, el número de mujeres que trabajan ha pasado de los 4 millones que lo hacían a primeros de los noventa a los casi 9,5 millones



es (exactamente 9.486.200, cuarto trimestre de 2022) que lo hacen hoy, mientras que la tasa de actividad femenina, que se situaba en el 25% en 1993, ha pasado nada menos que al 53,8% en la actualidad, también más que doblando. Y ese

fenómeno se ha producido sin necesidad de que ningún demagogo de izquierda viniera a rescatar a la mujer de sus miserias o, espada flamígera en mano, a imponer por la fuerza coercitiva de la ley ningún tipo de paridad a los malvados empresarios. Son cosas que en las democracias liberales, en las sociedades abiertas, ocurren como una consecuencia natural de la igualdad de oportunidades ante la ley y por los exclusivos méritos de las mujeres.

Ya hubo en 2006, Gobierno de Rodríguez Zapatero, un intento de aprobar una llamada Ley de Igualdad entre Hombres y Mujeres, que pretendía obligar a las empresas más significativas (aquellas que presentan cuentas no abreviadas) a incluir las famosas cuotas femeninas. Aquello fracasó como fracasaron intentos similares en Francia, a los que se acusó de ser contrarios al principio de igualdad consagrado en su Constitución y en la Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano de 1789. Las razones esgrimidas contra aquella norma en 2006 siguen siendo de plena actualidad casi 20 años después. La experiencia ha demostrado que toda política de cuotas acaba perjudicando al grupo o sector que se desea favorecer. La empresa que se vea obligada a colocar a un cierto número de mujeres en sus órganos de dirección tenderá, en la mayor parte de los casos, a elegir a aquellas que sean más manejables, menos críticas, más baratas e incluso que pertenezcan al entorno familiar o amical del empresario en cuestión. Asistiremos así a la «consejera de cuota» por razón de sexo, un criterio reñido con la responsabilidad que

hoy se exige a cualquier consejero a la hora de avalar con su firma las cuentas de una sociedad, y sobre todo al principio ya apuntado de capacidad y mérito.

A partir de la entrada en vigor de esta ley, todo el mundo tenderá a pensar que cualquier nombramiento femenino en una empresa responde a la obligación de cumplir con la obligada cuota, y poco o nada con la valía de la nombrada. Digámoslo de una vez: esta Ley de Paridad es una desgracia para cualquier mujer talentosa, un atentado contra las mujeres brillantes, cada día más numerosas como demuestran sus expedientes académicos, que correrán el peligro de verse desplazadas por las mejor conectadas o con más «agarraderas».



Todas, de alguna manera, vendrán obligadas a demostrar que ocupan puestos importantes por méritos propios y no por el favor de una Ley absurda y retrógrada, que considera a la mujer incapaz de lograr sus objetivos por sí misma. «Creo sinceramente que a las muchas, muchísimas y meritorias mujeres que han peleado duramente

por abrirse un hueco en la competencia empresarial, no se les puede hacer eso», escribió José María Cuevas en 2006 al criticar el anteproyecto de ley de Zapatero. Con «eso» se refería a la obligación de llevar en el bolsillo «una especie de certificado de antigüedad» que acredite que ellas obtuvieron sus altos cargos antes de que la ley lo impusiera.

El entonces presidente de CEOE reclamaba también un voto de confianza para ese empresariado español en activo que en unas décadas «ha hecho avanzar la integración femenina en el mundo laboral más que en veinte siglos». Desconfianza, cuando no desprecio, es lo que siente Sánchez por el colectivo empresarial. De modo que tú, Juan Español, crea una empresa, arriesga tu dinero o endéudate y corre todo tipo de riesgos para que luego Antonio, que no ha trabajado nunca fuera de la política, que no sabe nada del funcionamiento de una empresa, excepto, quizá, de la de su suegro, aquella que entendía de saunas gay, te diga cómo y a quién tienes que contratar. Ayer mismo, sábado, en un mitin del PSOE en Huelva, el piernas exigió a la patronal «sentarse con los sindicatos para repartir los beneficios de las grandes empresas». Literal. Cada vez más cerca del ¡exprópiese! de Chávez. Cada día más siniestro. Pero, ¿quién es Sánchez, quién es Bruselas (que para el caso es lo mismo), para disponer el número de hombres o de mujeres que debe haber en la dirección de las empresas? ¿Quién les ha dado vela en ese entierro? ¿Con qué derecho se entrometen? Un nuevo caso de basura legislativa populista que, además, vulnera el derecho fundamental a elegir y ser elegido en igualdad de condiciones, con independencia de raza, sexo o cualquier otra circunstancia.

No nos engañemos. Estamos, por un lado, ante otra más de las manifestaciones de rechazo que un Gobierno de izquierda populista siente por el empresariado, colectivo al que considera digno de toda sospecha y, por otro, ante la evidencia de un Ejecutivo que no aspira a liberar a las mujeres, si es que a estas alturas no lo estuvieran, sino a convertirlas en perpetuo rehén de sus ansias de poder. La mujer como arma política susceptible de ser utilizada contra los enemigos, que no adversarios. Con la Ley de Violencia de Género, antes; con la Ley de Paridad, ahora. Alguien lo explicaba estos días en un vídeo muy celebrado en redes sociales a propósito de la violencia contra las mujeres: «Tras años y años y miles de millones invertidos, el número de asesinatos no desciende, porque han convertido un drama en un negocio. Un negocio político. ¿Quién se beneficia de él? Los de siempre. Cada vez más puestos, más cargos, ministerios, secretarías de Estado, direcciones generales, fundaciones... No se puede convertir un drama en un negocio, y no se puede mentir a la gente diciendo que no pararemos «hasta» acabar con esta lacra, porque es mentira. Ese «hasta» solo significa una cosa: seguir drenando dinero de los PGE porque «todavía queda mucho por hacer». De modo que se trata de sos-



tener problemas para mantener gigantescas asignaciones presupuestarias de las que seguir viviendo. Miles de personas viven en la UE con sueldos de entre 3.000 y 5.000 euros de este negocio, que naturalmente quieren perpetuar».

La ciudadanía asiste, entre abrumada y perpleja, a la formación de un enorme

basurero legislativo que, en lugar de solucionar problemas, los esconde, cuando no los engorda con decisiones mendaces destinadas a engañar al personal. Acaba de ocurrir con la reforma de las pensiones que el viernes este Gobierno roto presentó como un gran éxito, necesitado como está de dar imagen de cierta unidad. El ministro Escrivá, un caso de libro de deshonestidad intelectual, afirmaba el viernes «haber asegurado el futuro de las pensiones» sin ningún tipo de recorte o sacrificio para nadie, ¡milagro!, la cuadratura del círculo. Pronto supimos la verdad: que llama reforma (de las pensiones) a lo que simple y llanamente es una subida de impuestos (al trabajo). A base de robar directamente a empresas y a cotizantes. «Ensancha los ingresos», lo ha definido la analfabeta de Yolanda Díaz, vicepresidente de Sánchez por la gracia de Iglesias. La CEOE no se ha andado con paños calientes a la hora de enjuiciar este nuevo atraco al futuro de las pensiones: «El sostenimiento del sistema se hace recaer en las empresas y en los trabajadores mediante una subida generalizada de cotizaciones que mermará los salarios e incrementará los costes laborales poniendo en peligro la creación de empleo». Pero, ¿a quién le preocupa realmente el empleo en este país? A Bruselas no, desde

luego. A Sánchez, tampoco. Lo único que preocupa a Antonio es seguir comprando votos con dinero público, seguir utilizando a mujeres y pensionistas como rehenes dispuestos a seguir apoyándole en las urnas.

Un cúmulo de leyes basura, leyes ideológicas como la Ley Orgánica del Sistema Universitario (Losu), conocida como Ley de Universidades, aprobada también este jueves en el Congreso, que no arregla ninguno de los problemas crónicos de la Universidad, tal que la endogamia, pero definitivamente ideologiza una institución cuya neutralidad debería ser norma. El Supremo estableció en su día que las universidades «están sujetas al principio de neutralidad predicable de toda Administración pública», doctrina que la Losu se pasa por la entrepierna al fijar como una de las «funciones fundamentales» del claustro la de «analizar y debatir temáticas de especial trascendencia», es decir, hacer política en favor de esa izquierda radical que controla los centros. Normal, si tenemos en cuenta que ha sido ERC quien en realidad ha pergeñado la norma. Sánchez y sus socios. Sánchez y su banda. En manos de la peor gente, en el peor momento posible. Feijóo debería estar pensando ya en una «ley ómnibus» para derogar al día siguiente de la toma de posesión del nuevo Gobierno el estercolero legislativo acumulado por este Gobierno infame.

Un país gobernado por chusma como «Pam»

El historial de esta niñata malvada es interminable. Viene de muy lejos

Eduardo Inda (*La Razón*)

Lo peor de todo es que la cabestra de la viceministra Ángela Rodríguez, alias Pam, sigue ahí en su puesto. En un país normal no estaría destituida porque ni siquiera hubiera llegado a ser nombrada. Y en una república del África subsahariana llevaría tiempo fuera de la política porque la habrían botado a las primeras salvajadas de cambio. Sólo la última fascistada



verbal, «¡qué pena que la madre de Abascal no pudiera abortar!», le habría costado no sólo un cargazo, el de secretaria de Estado de Igualdad, por el que se lleva 123.694 eurazos –casi 30.000 más que el presidente del Gobierno–, sino una más que segura condena por incitación al odio.

Aquí no acontecerá ni lo uno ni lo otro. Tiempo al tiempo: Podemos mete miedo, mucho miedo, miedo escénico del bueno, a políticos, empezando por Pedro Sánchez, jueces y periodistas. Son los matones del pueblo, los nuevos batasunos. Las que dicen combatir a la «extrema derecha [sic]» son ya por derecho propio las mejores prescriptoras del voto

al partido verde. Su implícita invitación al asesinato de Santiago Abascal rescatará para los de la calle Bambú decenas de miles de papeletas que se habían mudado al PP por aquello del voto útil. Pero ahí continúa la malnacida está más chula que un ocho a sabiendas de que Pedro Sánchez jamás se atreverá a tocarle un pelo porque eso significa tanto como perder el Falcon, el Super Puma, el Airbus 310, Moncloa, Doñana y la Residencia Real de La Marreta. Lo cual certifica dos cosas: que este Gobierno con la inteligencia de un pez morirá por la boca de una banda podemita que no para de soltar y hacer salvajadas, con la ley del «sólo sí es sí» como siniestro epítome, y por ende que es de largo el peor de la democracia superando a uno que creíamos inempeorable: el de Zapatero. El historial de esta niña malvada es interminable. Viene de muy lejos, tanto como 2016, cuando llamó «puta coja» en un chat colectivo a una compañera de partido (Carmen Santos) que sufre una discapacidad. Hace unos días mostró su «preocupación» porque el 74% de las mujeres declare que su práctica sexual preferida es la penetración frente a un 26% que antepone la autosatisfacción. Un síntoma más del simplismo del personaje. Pero la madre o el padre de todos los disparates es esa Ley de Garantía Integral de la Libertad Sexual que ha abaratado la condena o directamente excarcelado hasta el momento a 733 violadores, abusadores y pederastas. No contenta con eso, Pam se ha mofado de las consecuencias de la norma y, por extensión, de las víctimas. De la magnitud del agujero legislativo da cuenta el último gran caso conocido: un depredador que está encantado con Pam e Irene Montero porque los 19 años de reclusión que le cayeron se han quedado en 12. Un maldito chollo y una burla para la persona a la que destrozó la vida para siempre. Cuando empezaba la puesta en libertad masiva de delincuentes sexuales, nuestra protagonista manifestó entre carcajadas: «¡Oleadas, salen oleadas de violadores a la calle!». En los prolegómenos de la Navidad repitió la desagradable jugada: «En las cenas se va a hablar del temita de los violadores a la calle, jajajaja!». ¿Se imaginan la que se hubiera liado si Pam o Montero fueran del PP? ¿Y si, además de ser unos fascistas peperos, hicieran bromas sobre las repugnantes consecuencias de su ley? Habrían asaltado Moncloa como mínimo. Y les habrían llamado de todo menos guapos y con razón. Un país gobernado por gente así es una mierda de país.

